

«Cada uno es, para sí mismo, el más lejano»  
*La genealogía de la moral: Un escrito polémico.*  
Friedrich Nietzsche. (1887)

«¡Saca la lengua, Ulises, y prueba!  
¡Es amarga! ¡Es agua del mar!».  
*Las mocedades de Ulises.* Álvaro Cunqueiro. (1960)



— NOTA DEL AUTOR —

Isla de Lobos no es lugar y, al mismo tiempo, es todos los lugares posibles: un pedazo de tierra volcánica en medio del inmenso Atlántico, igual que nuestro mundo es una partícula no demasiado importante, por más que nosotros la apreciemos, en la magnitud del cosmos, un universo que se expande conforme a leyes (¿quizás un propósito?) cuyo sentido es el enigma más apasionante al que se ha enfrentado la humanidad.

Quienes pueblan Isla de Lobos son personajes que encuentran la razón de su ser en aquel reducido ámbito, mas desorientan su pertenencia al mundo en cuanto se alejan de la isla y extravían su destino en la mar incógnita. Así nosotros, humildes habitantes de una realidad que denominamos «nuestro entorno», el cual se manifiesta de muchas formas y con multitud de atributos, excepto, justamente, el de ser «nuestro».

La época en que se desarrolla la acción de la novela es un improbable, fabulario siglo XVIII, período que siempre me ha fascinado por aquella pretensión de las naciones, las grandes corporaciones navieras y las sociedades científicas de abarcar, recorrer, catalogar y racionalizar una geografía vastísima, siempre indómita ante la entrañable pretensión de conocer en detalle lo que, por naturaleza, perpetuamente ocultará la esencia de su misterio; entre otras razones, porque el misterio forma parte de la esencia del mundo.

*Isla de Lobos* es, por tanto, una novela ambientada en un siglo que no existió y en un territorio imposible. Los personajes que la habitan nunca fueron y por eso mismo quise creerlos apasionadamente humanos, y como tales caracterizarlos y presentarlos a lo largo de la narración.

Sé bien llegado pues, amigo lector, a esta Isla de Lobos, una tierra de maravillas y desazones que se encuentra donde siempre estuvo a cobijo el latir sincero de la literatura: en la verdad más allá de las cosas. Al menos en eso creo.

## EL CONTADOR DE OLAS

Cuando llegaron noticias del naufrago en Playa Grande, hubo estupor y sigilo bajo un temor de rumores y acechantes vaticinios en casa de los Rivero. El ama doña Esmeralda, vieja como la mansión, seca como las arenas y visionaria en misterios sepultados en lo antiguo, gimió un lamento de sombras que heló el ánimo y los pulsos a criadas y braceros: «Sabía que estaba cerca, lo predijo Sanaperros».

Doña Aguas Santas Rivero, señora de Isla de Lobos y más dueña que los mares de aquella esquina del mundo, recibió la mala nueva en la sala de bordados, donde solía acogerse para conversar en calma con la memoria fragante de su fallecido esposo: aquel Augusto Rivero, capitán de exploradores y hombre de genio implacable, que arrebató Isla de Lobos a los piratas franceses cuando el mundo aún era plano y cualquier mujer amaba a los marinos que olían a pólvora y sacrificio. «A tal marido, tal hembra», decían todos en casa. Y ninguno erró en el juicio.

Doña Aguas Santas Rivero, sentada en sillón de mimbre, erguida como una flor orgullosa de su eterno, más anciana que el alisio y arrugada como un pliego con letras de enamorado que acude a batirse en duelo, recibió en el bordador al vigilante Ramiro, destocado por respeto y la mirada tan gacha que el brillo de las baldosas punzó sus ojos cerrados,

hasta un poco mareados por la costumbre de otear los horizontes oceános, no a sentirse en la prisión de aquellas salas y mármoles que tajaban su ver libre igual que se encierra a un grillo entre barrotes de aguja.

—A ver, calamidad... Despierta y cuéntame bien lo que sucede —ordenó impaciente y un poco desabrida Doña Aguas Santas Rivero, tal como acostumbraba a dirigirse a sus sirvientes.

—Poco y mucho hay que relatar, mi señora ama —contestó Ramiro sin descomponer el gesto de recato, como de culpa, por ser llevador de noticias que no resultarían gratas, ni para la dueña de la casa ni para nadie.

—Habla de una vez, hombre de Dios.

—Pues le digo, mi señora, y ni miento ni exagero, que estaba por la mañana en mis faenas de siempre, en Cabo Jurado, bajo el muro a medio arruinar y a medio comer por el salitre del faro pequeño, que ya sabe mi señora que ese faro no luce desde el Año que Llovió Arena, y a lo dicho: estaba vigilando la costa como siempre, contando los lobos por si alguna hembra de las preñadas hubiera tenido crías, o dos machos peleones se hubiesen mordido en riña de amanecer, lo que sucede con frecuencia, y uno de ellos, como también es corriente, se hubiera retirado al mar para poner las heridas a mojo, lo que mucho les sana y conviene en estos casos de luchas por el apareo y abundancia en la progenie; y también iba echando la vista al horizonte de rato en rato, tal como me tiene mandado la señora y llevo cumpliendo desde que era niño y mi padre me enseñase el oficio de pastorear lobos marinos y vigilar las aguas, un aguardo del océano que, como la señora sabe, ha sido completamente inútil hasta hoy, pues a las costas benditas de nuestra isla nunca llegaron navíos ni barcas ni más cosa mojada que las olas...

—¿Vas a ir al grano o tengo que llamar al polaco Jaruzelski

para que te espabile con dos buenos estacazos? —amenazó doña Aguas Santas Rivero al charlatán Ramiro.

Titubeó aún más el añoso guardacostas. Sabía que su ama nunca hablaba en vano y mucho menos advertía de castigos si no pensaba cumplirlos. Entreabrió los ojos y alzó un poco el semblante. Su mirada verdinegra espejeó como remota, flotando en la distancia sin medida a la que desde siempre estuvo acostumbrada, siempre ante el océano y los cielos y las nubes que abultan la barriga de los cielos, y ante el más allá de un horizonte que era, justo y preciso, el nada más.

—Perdóneme la señora, se lo ruego —balbucía—. Comprenda la señora que en razón de mis deberes y el esmero que en ellos aplico, paso mucho tiempo sin hablar con nadie. El silencio no es mala cosa de por sí, también eso he aprendido con los años, a base de soledad, en Cabo Jurado. Pero, claro está y parece lógico: cuando me encuentro con alguien, máxime si es persona principalísima como la señora, se me desata la lengua y las palabras me salen a caudal, igual que a un enfermo de fiebres le surten toses sin que pueda reprimirlas.

Se estiró un poco más hacia arriba el ama de aquellas mansiones, lo que causó gran asombro en el viejo farero sin faro del que cuidar. Cómo una dama tan anciana y tan arrugada podía rebrotar y crecer sobre sí misma, auparse sin despegar las honorables nalgas del sillón de mimbre, y agrandarse hasta verla emperatriz del Atlántico en la sala de bordados, era un misterio que ni él ni nadie en Isla de Lobos podrían nunca entender. Más que un misterio, un milagro. Uno de aquellos prodigios que escondía la señora en su poder y reserva para admirar a muchos y atemorizar a todos cuando más le conviniese.

—El primer perdón, concedido —dijo ella, clavando su mirada azul como fuego de Santelmo en la de Ramiro.

Permanecieron un instante cara a cara quienes, dejando aparte el ama Esmeralda, eran sin duda los habitantes más ancianos de la isla.

—Para la segunda absolución vas a tener más complicaciones, Ramiro, zoquete, holgazán, viejo charlante y liante. O hablas y me cuentas ahora mismo la pe y la pa de este asunto o acabas molido a bastonazos. Tú verás lo que haces.

—Voy súbito —se apresuró Ramiro en contestar—. No desvele, que resumo en dos parpadeos lo que conviene saber. Escuche la señora...

—Escucho —concedió y ordenó al mismo tiempo poderosa doña Aguas Santas Rivero.

—Es el caso que hace apenas cuatro horas, mientras ejercía de lo que soy, vigilante de mares, y estando en eso mismo, la vigilancia, me pareció ver flotar en lo lejano, sobre la comba del medio horizonte, un madero grueso. Y lo más sorprendente: agarrado al madero, un personaje. Aclaro a la señora que llamo *personaje* a la aparición porque no sabía aún si era persona verdadera, hombre o mujer, animal o a saber de que otra naturaleza. Lo cierto es que lo vi. Y como ver, veo, pero de vista no estoy muy bien desde hace un montón de años, corrí a mi casucha en los abrigos del faro para buscar el catalejo, un utensilio muy útil en estos trabajos míos de escrutar los masallases pero que no suelo cargar a todas horas por dos prudentes razones: primero porque me estorba, y segundo y más principal, porque en todo el tiempo que llevo observando y contando las olas que llegan a Isla de Lobos, jamás me había hecho falta.

—Pues ya ves —lo interrumpió la señora—. Siempre hay una primera ocasión para todo. Y todo llega, Ramiro. Todo llega.

—Cuánta razón lleva la señora en lo que ha dicho y en lo próximo que vaya a decir —respondió obsecuente el farero.



—Continúa.

Obedeció Ramiro sin demorarse.

—De vuelta a la peñasca desde la que había divisado el fenómeno, extendí el artilugio, orienté la oteada y... ¡Vive Dios! Me entró como un tembleque de piernas y una aspereza al respirar, como de gran agobio. Qué nervios me poseyeron, señora, pues tal cual era auténtico: a nuestras costas llegaba un náufrago, agarrado a lo que quedaba del mástil de una embarcación de las grandes. Creo que el tal palo era de mesana. Si bien fuera mesana o trinquete, o mayor... Aunque no creo que mayor, en fin... Ese mismo palo ha salvado la vida al náufrago.

—Entonces, entiendo y deduzco que lo recogiste en la playa. En Playa Grande.

—Más o menos.

—Explícate mejor y farraguea menos, Ramiro —advirtió la señora en tono de poca paciencia.

—No en la playa, pues ya sabe la señora, y si no lo sabe yo se lo indico, que en Cabo Jurado apenas hay arenal y, encima, el escaso espacio suele estar ocupado por manadas de lobos. Playa Grande, por muy grande que se diga, es muy pequeña. Lo que hay en cantidad son rocas, demasiadas para arribar en las condiciones que acudía aquel desgraciado sin sufrir daños, romperse algún hueso, tajarse la piel con filos de la escollera y otras desgracias. A pesar de estos pesares me propuse rescatarlo de peligros, sin que él padeciera estropicios ni yo me mojase mucho, pues me tienen ya bastante molido las humedades oceánicas como para encima darme baños de sopetón, muy traidores para los huesos.

Sonrió Ramiro con discreto orgullo.

—Conseguí mi propósito, señora.

—¿Rescatar al náufrago o no mojarte?

—Ambas cosas.

Un halo de tristeza empezó a tenderse con delicada lentitud por la expresión de doña Aguas Santas Rivero. Lanzó un breve bostezo, como disimulando y tejiendo el camuflaje del tedio para escamotear su disgusto.

—¿Dónde está ahora ese náufrago?

—En mi cuchitril de Cabo Jurado, reponiéndose. Quedó sin sentido nada más asirlo yo entre brazos y arrastrarlo lejos del agua. Dijo: «Ayuda, ayuda...», y se privó del todo.

—¿Dijo esas palabras en nuestro idioma?

—En el mismo que usamos la señora y yo en este momento.

—Continúa, no te detengas —acuciaba doña Aguas Santas Rivero al vigilante de la costa.

—Prosigo. Lo llevé bajo techado, le quité las ropas mojas y lo envolví entre dos mantas. Después he volcado poco a poco el borde de un vaso de agua sobre sus labios resecos. En dos ocasiones ha hecho amago de despertar, pero en cuanto abrevaba un poco, volvía a su letargo. Por fin, conocedor de la importancia de estas nuevas, he decidido dejarlo a la buena de Dios, en manos de su misericordia y providencia, y llegarme ante usted, señora ama mía, para enterarla de lo sucedido. Y aquí estoy.

—Has hecho bien —concedió doña Aguas Santas Rivero.

—Yo que me alegro de complacerla.

—¿Qué edad tiene? —preguntó ella enseguida.

—¿El náufrago?

—No, la hermana esa tuya que trabaja de puta en un barracón del puerto.

—Disculpe la señora mi torpeza. No había entendido la pregunta.

—¿Qué edad tiene? —insistió doña Aguas Santas Rivero.

El anciano Ramiro supo que cualquier vacilación al contestar sería replicada con un grito de su ama, llamando al forzado Jaruzelski, para que lo varease hasta cansarse.

—Sobre los cuarenta años.

—¿Estás seguro? Mira que la gente de mar suele aparentar más años de los verdaderos, por la rudeza que el sol y el salitre de los mares ponen en su piel, las muchas arrugas que les salen antes de tiempo, y parecidos estragos.

—Pero es que este, nuestro hallado en las aguas, no es hombre de mar.

Quedó pasmada doña Aguas Santas Rivero. Por primera vez en la vida, que ella supiese y los demás recordasen, permitió que su barbilla afilada como un acertijo pequinés se descolgase, quedando con la boca abierta. Tal su asombro.

—¿Cómo dices, viejo chiflado? —interrogó al farero cuando se hubo repuesto a medias del primer estupor.

—Digo, y no me equivoco, señora mía, mi ama, que el náufrago no es hombre de mar.

—¿Cómo lo sabes?

—Precisamente por lo mismo que ha dicho la señora hace un momento: porque tiene la piel quemada por el sol, cierto, lo que es del todo normal tras andar perdido en las aguas, agarrado a un madero; pero no la tiene, la piel... no la tiene ennegrecida como es propio de la marinería, sea cual sea su empleo y graduación; y tampoco la luce encurtida por el salitre, ni los vientos de babor y estribor, de popa y proa, le surcaron la cara con arrugas. Ni siquiera tiene callosas las manos, señora...

Quedó pensativa un instante doña Aguas Santas Rivero. Parecía reflexionar sobre la complicación grande entre las más grandes de un náufrago que, sobre serlo, añadía a su fastidiosa condición el misterio, acaso la amenaza, de ser hombre ajeno a los mares. En Isla de Lobos nadie se fiaría nunca de quien no hubiese nacido entre el rumor de olas rompientes por los cuatro puntos cardinales. El santero y medio mago Sanaperros solía advertirlo a cuantos acudían

a su chozo en busca de consuelo y remedio para toda aflicción: «Dios nos puso en este sitio porque lejos del mar no hay alma, sino tripas vacías y muertos que gimen esperando su turno»; afirmación lapidaria y tenazmente sostenida por Sanaperros a pesar de las largas, a menudo aparatosas controversias teológicas que el aserto le acarreaaba con don Manuel de Garceses, sacerdote único en la isla y presbítero de la iglesia de san Atila, también única.

—¿Cuál es tu opinión, Ramiro? —preguntó doña Aguas Santas Rivero al vigilante de mares, tras concluir la cavilación y componerse de nuevo en su figura impecable de anciana señorial y en pleno ejercicio de sus autoridades.

—Yo creo, señora, que el náufrago viajaba en el pasaje de alguna nave comercial, la cual acabó yendo a pique; que se salvó de milagro y ha llegado a nuestras costas por designio del Altísimo, o del destino, o de ambas instancias a la vez, quién sabe.

—¿Y sobre su persona?

—Habría que esperar a que despertase para conocer detalles... Si es que despierta, claro está, y si no ha perdido la memoria o se le fue la cabeza, que es mucho lo que se tiene oído sobre quienes sufrieron el rigor de la deriva durante demasiado tiempo. Sin embargo...

Alargó un poco el cuello doña Aguas Santas Rivero, para escuchar bien claro y no perder detalle de las conjeturas del farero.

—... por las ropas que llevaba, que bien lucidas debieron de ser aunque ahora estén hechas una pena, y por lo blanquizca que observé su piel cuando lo desnudaba para abrigarlo, y la fineza de sus manos, así como también, cabe añadir, el garbo de sus facciones y el tallado gracioso de su nariz, yo estimo, señora mía... Es una suposición... Creo que allá de donde venga debía de ser hombre en acomodo, de esos que,

cuando mueren, todos hablan bien de ellos, a excepción de los legatarios, quienes reniegan por envidias y disputas en el reparto de la herencia.

—¿Un hombre acomodado? ¿Como qué, por ejemplo? —apresuraba el ama al farero.

—No sabría decir... Escribano en la fortaleza de algún margrave, o profesor de música, o jugador de naipes. Algo así.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo iba a estarlo, señora? —se atrevió a protestar el viejo Ramiro—. Si nada hemos conversado y él nada ha dicho, salvo las palabras idénticas: «Ayuda, ayuda...», nada cierto puedo saber. Tan solo de dos cosas estoy convencido: ni es hombre de mar ni se dedica a un oficio viril como es debido, de los que ponen las manos ásperas y ensanchan los hombros del abnegado.

—Está bien —concedió finalmente doña Aguas Santas Rivero, al parecer resignada a la contrariedad, dispuesta a hacer lo debido y con urgencia.

El vigilante en Cabo Jurado volvió a humillar la mirada, en espera de las providencias que dictase su ama.

—No me gusta... En absoluto me gusta este enredo —se quejó ella antes de disponer. Ramiro no dijo una palabra, esperanzado en que se desahogase a gusto y olvidara más recriminaciones—. Vas a volver a Cabo Jurado, donde cuidarás del naufragio hasta que despierte. Y en cuanto así sea, enciende la hoguera grande sobre las ruinas del faro, para que yo me entere de la nueva y ordene lo que haya de ser.

—Como diga la señora.

—Antes de marchar para tu casa, quiero que hagas dos cosas.

—Escucho con atención y mucha devoción —dijo Ramiro, temeroso.

—La primera, te presentas ante Jaruzelski y le dices que, de mi parte, te arree dos buenas bofetadas, como reprimenda por todo el tiempo que me has hecho perder con tus divagaciones y zarandajas.

—Sí, señora... —se mordió Ramiro el labio inferior.

—La segunda, al mismo Jaruzelski, también de mi parte, le encargas que convoque de inmediato al geógrafo don Sebastián y al santero Sanaperros... Sí, a esos dos... Al sacerdote Garceses lo dejaremos fuera de estas primeras deliberaciones. Que acudan al atardecer, sin demora ni excusa ni pretexto, a la Sala de Riñas y Tumultos, en el tercer piso. El lugar es adecuado, tal como requiere la ocasión, mucho más solemne que este cuarto de bordar.

—Lo que diga la señora —repitió Ramiro.

—La señora ha dicho todo lo que tenía que decir. Ahora ve tú a lo tuyo y cumple bien lo mandado, sin olvidar un detalle.

Ramiro, reverente en la despedida, inclinó tanto la cabeza que vio nítido el trenzado de sus chanclos y algunos cercos que le parecieron lo que eran: lo negro de las uñas de los pies entre agujeros de su humilde calzado.